

SERMON 3.º

DEL

SANTÍSIMO SACRAMENTO.

*Exulta et lauda habitatio Sion, quia
magnus in medio tui Sanctus Israel.*

Alégrate, Sion dichosa, porque el gran
Santo de Israel habita en medio de ti.

Isaías, c. XII, v. 6.

¿Quién podrá comprender, señores, la magestad, la grandeza y la gloria de aquel Dios, que sentado en mansiones de paz, sostiene con dos dedos la pesantez del orbe y la estension de los espacios? Débil el mortal para subir á tanta altura, se contentó siempre con adorarle respetuoso, y el mismo Dios conociendo su flaqueza, no determinó aterrarle al demostrársele en la vida; porque ¿cómo le resistiera cuando tiembla pavoroso al eco de su voz? Oyela Adán, cuando ha comido apenas la fruta de su maldicion, y se esconde presuroso entre los arbustos del jardin de Edem, por si evitar pudiera los rayos de su sonido: escúchala Abraham, quien por creerle adquirió la justicia, y al decir «Yo soy el Dios Omnipotente» cae y une con la tierra su cerviz humillada. Resuena para Isaac, «yo soy el Dios de tu

padre» y aunque le manda no tema, levanta al punto un altar para protestarle su respeto. Despierta á Jacob embelesado en una vision majestuosa, el «Yo soy» del Excelso, recostado sobre la celestial escala, y cubierto de sudor frio, llama terrible aquel campo que reputa la casa de Dios. Desde Horeb, sale para Moisés, «Yo soy el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob,» y el caudillo cubriendo su rostro, ni se atreve á mirar la zarza que arde sin convertirse en cenizas, y los hijos de los patriarcas tambien la perciben á las faldas del Sinaí, que resplandece por los relámpagos y retumba por horrisono trueno, y al oír: «Yo soy el Señor tu Dios,» se alejan temblando por no espirar ante la venerable montaña; y en suma, «Yo soy,» dice Jesucristo á la turba sacrílega que le prende en Gethsemaní, y balancea horrorizada, y rueda toda por tierra poseida del miedo, del espanto y del terror.

Así esta voz, á cuyo eco se tronchan los cedros del Líbano, y se conmueve el desierto de Cadés, hizo detener la imbécil imaginacion del hombre para penetrar la sublimidad del Altísimo, y contenerle en sus límites, solo en la esperanza de admirarle algun dia en la morada feliz que él posee y que bondadoso le ha preparado.

Y si su sola voz, causaba tales efectos, ¿cómo podríamos nosotros, viéndole tan majestuoso cual está en los cielos, llegarnos hasta los piés de su trono, rendirle adoraciones y dirigirle fervorosas súplicas para alcanzar el remedio á los males del mundo? Seguramente caeríamos muertos del terror; empero plugo al Omnipotente habitar hasta la consumacion de los siglos entre los hombres, de un modo tal y tan humilde, que estando en su Iglesia en cuerpo y alma,

real y verdaderamente como está en los cielos, oculta no solamente su divinidad, sino también su humanidad sacrosanta, para de este modo poder servir de alimento á nuestras almas y de escudo que nos defendiera de las continuas sugestiones del infernal dragon, que cual leon rugiente, en espresion de mi gran padre el príncipe de los Apóstoles, cerca al hombre para devorarle: porque ¿qué hubiera sido del hombre lleno de inconstancia y concupiscencia, rodeado de escollos, y aislado entre tantos peligros, si el Dios de las misericordias y Padre de toda consolacion no hubiese proyectado desde la eternidad pensamientos de amor, si su caridad ingeniosa no hubiese encontrado el secreto de estar siempre entre nosotros, real aunque invisiblemente, para derramar desde su tabernáculo la efusiones de su gracia y los hábitos santos hasta destruir el hombre de pecado?

El pecado aniquila la vida espiritual del alma, en el instante mismo en que recibimos la vida del cuerpo, y derramando una especie de oculto veneno en nuestro corazon, lo altera y lo corrompe: pero Jesucristo que amó al hombre hasta exhalar su postrer aliento para lavar su culpa, pendiente de tres clavos, quiso dejarle en herencia un alimento de vida eterna, que fortaleciese su alma contra las tentaciones de Beliat, y este alimento no es otro que ese Sacramento augusto donde se halla en cuerpo y sangre, alma y divinidad, del mismo modo que en el empíreo á la diestra de su Padre, aunque invisible á nuestra vista, para que no deslumbrándonos con su grandeza y majestad, podamos acercarnos hasta su mismo trono á presentarle nuestras necesidades.

Tal es, señores, el gran beneficio que nos ha dis-

pensado el Salvador de la humanidad, y el motivo porque yo me creo obligado en esta mañana á escitar vuestro agradecimiento para con Jesucristo, que para mostrarnos el grande amor que nos profesa agotó los tesoros de su sabiduría para quedarse con nosotros en el Sacramento de la Eucaristía. *Exulta, et lauda habitatio Sion, quia magnus in medio tui Sanctus Israel: confitemini Domino, notas facite in populis ad inventiones ejus.*

Imploremos antes de continuar, los auxilios de la divina gracia, suplicándole á ese Dios, que oculto bajo las especies eucarísticas nos preside, se digne comunicarme las que necesito en este dia, por la intercesion de la reina de los ángeles y de los hombres, María Santísima, Señora nuestra, saludándola con el mayor afecto de nuestros corazones. *Ave María.*

REFLEXION ÚNICA.

Cuantas veces arrebatados nuestros espíritus por nuestra fé, hemos mirado con una santa envidia la suerte de aquella pecadora que bañó los piés de Jesucristo con sus lágrimas de penitencia; la de la Hemorroisa que tocó sus vestidos; la de las doloridas hermanas que alcanzaron la vida de Lázaro; la de éste á quien el Salvador llamó amigo; la de los Apóstoles y discípulos á quienes trató familiarmente, y en suma, la de los pueblos de aquel tiempo, que oyeron las palabras de vida eterna que pronunciaron sus divinos lábios. Pues aquella misma suerte y felicidad nos ha cabido á los hijos de la Iglesia Santa que tenemos la dicha de tener entre nosotros al mismo Jesucristo en cuerpo y alma. El templo es su casa:

en aquel Sacramento augusto habita el gran Santo de Israel. *Exulta, et lauda habitatio Sion, quia magnus in medio tui Sanctus Israel: confitemini Domino, notas facite in populis ad inventiones ejus.*

Empero, será acaso preciso afianzar vuestra religion y vuestra fé? ¿Dirijo mi voz en este dia á un pueblo fiel, que escucha con docilidad la palabra del Señor, ó á un pueblo rebelde que resiste él al Espíritu Santo?

Yo no pretendo por cierto tratar este punto en forma de controversia; si tal pensara, si no estuviese satisfecho de la fé del auditorio que me escucha, podria aglomerar innumerables pruebas que nos presentan el antiguo y nuevo Testamento, la fé, la tradicion de todos los siglos, los Santos Concilios y los Padres: os presentaria como figuras del Cordero sin mancha, sacrificado diariamente sobre nuestros altares, el árbol de la vida, el sacrificio de Abel, el Arca de Noé, la ofrenda de Melchisedeth, la zarza del monte Oreb, el prodigioso maná que cayendo diariamente alrededor de las tiendas del pueblo de Israel, le sustentó por espacio de cuarenta años en un árido desierto, el pan subsinericio, el panal misterioso de Sanson y el Arca del Testamento: recurriria al testimonio de los Evangelistas y autores de las cartas canónicas, á los célebres decretos de la Iglesia, á los famosos anatemas fulminados contra los enemigos de Dios Sacramentado en los concilios de Nicea y de Efeso, de Letran y de Constancia, de Florencia y de Trento: recurriria en suma, á los Padres, y diria con los Ignacios y Tertulianos del siglo primero y segundo, con los Crisóstomos y Gerónimos del siglo cuarto, con los Leones y Remigios del quinto, con

los Tomases y Buenaventuras.... ¿pero qué no diria? Todos á una voz han asegurado que la Eucaristía es una milagrosa estension de la Encarnacion, y que en el Sacramento del Altar, se ha quedado Jesucristo para ser no solamente nuestro amparo, nuestro consuelo y alegría, sino tambien nuestro alimento de vida eterna.

Esta filosofía del amor de Jesucristo, fué un enigma para aquellos á quienes no guió la luz de la fé. Los sábios de Babilonia vivieron persuadidos que los dioses no tenian comercio alguno con los hombres: y atónito quedaria el célebre monarca Salomon cuando al oir la voz de Dios en el templo que le habia edificado, exclamara de este modo, ¿es creible que habite Dios con los hombres sobre la tierra? ¿Qué aquel á quien no puede abarcar el cielo, ni los Cielos de los Cielos, se digne habitar esta casa que yo he edificado? *Ergone putandum est quod vere Deus habitet super terram?* Allí todo era magnífico, todo suntuoso: en aquel templo ideado por David y concluido por la piedad de su hijo Salomon, no habia cosa que no estuviese cubierta de finísimo oro. ¡Con qué magestad ejercian los sacerdotes las funciones de su ministerio! ¡Con qué respeto recibia el pueblo la aspersion de la sangre de las víctimas sacrificadas! El armonioso eco de la música dividida en dos coros, cantaba noche y dia las misericordias del Dios de Jacob, y una niebla prodigiosa ocultaba la grandeza del gran Dios, que se dignó elegir este lugar para que permaneciesen en él sus ojos y su corazon. Pero al fin ¿cómo habitaba Dios este lugar? En fuerza de una particular proteccion con que asistia al pueblo escogido de Israel. No obstante,

Salomon, el sábio Salomon, se sorprende cuando advierte que Dios habita en aquel Santo lugar: *Ergone putandum est quod Deus habitet super terram?* ¿Con cuánta mas razon admiraria este esceso de amor, si se hubiese concedido á su nacion, el grande privilegio de que habitase Dios como en nuestros altares, con presencia real y verdadera, vestido de carne humana, aunque oculto bajo el velo de los accidentes?

Pues ved aqui, hermanos mios, lo que debemos á Jesucristo: en ninguna otra parte se ostenta mas radiante la gloria del hijo del Escelso, que en este Sacramento adorable, en el que se realizan los símbolos mas misteriosos, las alegorías mas sublimes, los signos mas espresivos: Sacramento, en fin, que es el complemento de todo cuanto de grande y magnífico anunció el antiguo Testamento. Si alli se dejó ver el Señor en el Tabernáculo de Sion para habitar con su pueblo, no fué sino por medio de señales, que alimentando sus esperanzas, les hacian entrever lo que en realidad habia de verificarse llegada que fuese la plenitud de los tiempos, y estos tiempos han llegado para nosotros, porque en ese augustísimo misterio poseemos el Tabernáculo vivo y verdadero en donde Jesucristo se complace en habitar con los hijos de los hombres, escuchar sus acentos y aceptar sus sacrificios. Allí existe real y verdaderamente todo entero, su humanidad, su divinidad, su cuerpo, su alma, su sangre, su eternidad y todos sus atributos, de un modo tan prodigioso, que solo su amor eterno, autor de esta invencion maravillosa, puede suficientemente comprenderlo. Si el antiguo pueblo poseyó el Arca Santa, que contenia en su seno las

tablas de la ley, el maná del desierto y la vara misteriosa del pontífice Araon; nosotros, dice San Pablo, poseemos el Arca verdadera en donde se contiene el legislador supremo, el mediador del Testamento nuevo que, mediante su muerte, expió las prevaricaciones cometidas en tiempo del primer Testamento, y hace á los hombres participantes de la herencia eterna prometida á los que han sido llamados de Dios. En vez del maná que alimentó á los hijos de Israel durante su peregrinacion hácia la tierra prometida, nosotros nos alimentamos de ese maná celestial, de ese pan de los ángeles, pan de vida y salud eterna: nos cebamos con la carne del Hijo de Dios, bebemos su sangre, nos identificamos con su humanidad, participamos de su Divinidad, y como él mismo ha dicho, permanecemos con él y él con nosotros, para con él y en él vivir un dia eternamente. *Qui manducat meam carnem et vivit meum sanguinem in me manet et ego in illo.* Por último, en sustitucion de la vara del pontífice Aaron, el Cristianismo encierra en sus tabernáculos al Pontífice eterno de los bienes futuros, que habiendo entrado una sola vez en el santuario por medio de un nuevo tabernáculo, mas escelente y sin comparacion mas perfecto que el antiguo, supo hallar la redencion eterna, no por medio de la sangre de los toros y de los becerros, sino por los méritos infinitos de su propia sangre, que limpia nuestras conciencias de las obras muertas, para que tributemos un culto verdadero al Dios vivo (1).

Tal es, señores, nuestra suerte: la Iglesia es aquella

(1) Ad. Heb. IX, 11 et seq.